

Un peculiar encuentro

María Daniela Gómez Medina

Se fusionaban en perfecta armonía los colores de un atardecer en aquella portada. Veía naranjas, rojos, y amarillos que cautivaban mi ser. Una cubierta dura, un caballo y un muchacho, que representaban una impensada travesía por descubrir. Mi encuentro con aquel libro fue tan peculiar, yacía en manos ajenas que lo llevaban consigo como si de un tesoro se tratase, lo escondían con celo y solo en momentos cortos me permitían visualizarlo. Lo deseaba, me carcomía la curiosidad, el anhelo de tomarlo en mis manos para descubrir lo que allí se escondía, lo que con tanto celo llevaba consigo su protectora de cabello dorado y ojos tan verdes como un bosque frondoso.

| 99

Lo observé por varios días, a lo lejos anhelando aquel tesoro que se mostraba con letras doradas en su frente, no sabía lo que allí encontraría pero sí que lo quería para mí. En uno de esos escasos momentos en que su protectora lo daba a conocer me le acerqué, y entonces lo vi de cerca, y se lo pedí. La protectora se negó rotundamente, y me explico que ella no era la única que guardaba los secretos de aquel libro, sino que otros dos protectores velaban que aquel tesoro se mantuviera íntegro. Por un momento, pensé en desistir, pero insistí. Vi muchas veces a la protectora y le pedí que compartiera su libro conmigo, que lo leería y se lo devolvería, no me lo quedaría y ella podría llevarlo a sus otros dos protectores sano y salvo. Después de un par de días, ella cedió, por fin pude sostenerlo en mis manos, el atardecer de la cubierta y las doradas letras que me cautivaron por fin eran mías, o al menos por un corto tiempo me pertenecían.

Al llegar a casa con aquel tesoro en mi bolso, espere hasta la tarde para compartirlo, y así fue como encontré a alguien que se veía tan cautivado como yo, y decidió que debíamos leerlo pronto, antes de regresarlo a su protectora. De esta manera, un lector se unió para habitar conmigo aquellas tierras de fantasía, donde nos encontrábamos con largos viajes, animales parlantes, travesías y batallas. Cada tarde al abrir el libro nos transportábamos a otro lugar, el viaje era maravilloso, y de a poco se despertaba

en mí, una inmensa curiosidad y un profundo amor por aquella historia que había descubierto como un tesoro y que de no pertenecerme aquel libro, al devolverlo ya había saboreado cada palabra y lo había hecho mío.

Desde aquel primer encuentro con libros atesorados por otros/as y por mí, he experimentado muchos otros, cuando muchas personas se aburrían de la lectura, al contrario era para mí de los más grandes placeres. Al pasar el tiempo empecé a descubrir-me en las palabras, los cuentos y las historias que leía, a atesorarlas y viajar en ellas a sitios lejanos. Más allá de las historias, que tanto he amado, empecé a atesorar las palabras, aquello que descubrí que en aquella portada de atardecer con letras doradas, echo raíces en mí.

Mucho tiempo después sin buscarlo, pensarlo, ni anticiparlo, regresaban las palabras a mí. Me encontraban para salvarme de una existencia reducida e innumerable, se retiraban para regresar justo cuando las necesitaba. Al preguntarme por las palabras solo podía recordar cuántas veces habían salvado mi vida, cuántas veces volví y podía encontrarlas, y en ellas encontrarme a mí. Me permitían replantearme mi existir y hacerme consciente de mi mundo. En ellas habían numerosas interrogantes y pocas respuestas, sin embargo toda la experiencia de la lectura me ha transformado en una que más allá de leer busca nombrar, y una voz que le pertenezca, hoy les he contado mi nacimiento como lectora, que al mismo tiempo se traduce en el descubrir las palabras y la escritura como parte de mi vivir.